

Los asentamientos humanos en América Latina

Una de las reuniones más importantes relacionadas con el crecimiento y el desarrollo de los países latinoamericanos y especialmente con las concentraciones urbanas, fue la Conferencia Latinoamericana de Asentamientos Humanos, efectuada en Ciudad de México, entre el 7 y el 10 de noviembre de 1979.

La Comisión Económica para América Latina, CEPAL, presentó un extenso programa de trabajo que fue examinado por ese foro preparado por un grupo de expertos del Proyecto Conjunto HABITAT/CEPAL/CIDA y el Área de Población y Desarrollo del Centro Latinoamericano de Demografía, CELADE; ese documento contiene observaciones básicas relacionadas con la evolución cultural de nuestros pueblos. Por considerarlo de sumo interés como punto de partida para diversos estudios especializados, incluimos en nuestra sección Documentos el resumen que los Servicios de Información de CEPAL entregaron a "Atenea" sobre "El proceso de asentamiento humano en América Latina" y el capítulo titulado "Los asentamientos humanos en el desarrollo de América Latina".

CONCENTRACION URBANA Y METROPOLIZACION

Con bastante frecuencia se señala que entre los atributos distintivos de los asentamientos humanos de América Latina destaca la fuerte concentración de población en un conjunto reducido de ciudades de gran tamaño. Pese a que el número de localidades urbanas ha experimentado una expansión importante, algo más de las tres cuartas partes de sus

habitantes se ubican en asentamientos que tienen cien mil habitantes y más. Esta característica se presenta de manera persistente en los distintos países de la región y es más evidente en aquellos que han alcanzado un grado alto de urbanización. Se ha podido apreciar, además, que al aumentar la proporción urbana de la población total, tiende a incrementarse la importancia relativa de las ciudades principales.

Una modalidad particularmente evidente de la concentración es la formación de áreas metropolitanas. Esta modalidad se ha venido acentuando a lo largo de los últimos decenios, como lo muestra el hecho de que en 1950, aproximadamente 15 millones de personas residían en ciudades de un millón de habitantes y más, cifra que aumentó a cerca de 55 millones en 1970; este crecimiento ha traído como consecuencia que el porcentaje de la población latinoamericana que vive en las áreas metropolitanas se haya elevado de 9,6 por ciento en 1950, a 20 por ciento en 1970. Como el número de asentamientos de este tipo aumentó de 6 en 1950, a 17 en 1970, es natural que el incremento demográfico experimentado en el período haya ocasionado una elevación del peso relativo de las "ciudades millonarias" dentro del conjunto total de los asentamientos humanos. Si la tendencia observada se mantuviese, *es probable que hacia el año 2000 las grandes ciudades alberguen no menos de 220 millones de habitantes, lo que representaría el 37 por ciento de la población total de América Latina estimada para esa fecha.*

Gran parte de las áreas metropolitanas de América Latina constituyen capitales políticas nacionales que sirven de asiento tanto a las entidades de la administración central, como a diversas empresas estatales y paraestatales. Dada la fuerte centralización de los organismos gubernamentales en la región, no sorprende que esta condición de cabecera política nacional dé lugar a un importante contingente de empleo directo a indirecto, lo cual tiene una incidencia obvia en el tamaño de la población. Esta importancia de la administración central queda de manifiesto en casos como el de Brasilia que, a pesar de su origen relativamente reciente, se ha convertido en una ciudad de gran envergadura (alrededor de 700.000 habitantes en 1978), cuya función básica está constituida por el aparato central del gobierno de Brasil.

Concentración económica y metropolización

Por otra parte, las áreas metropolitanas aglutinan un sector importante de las actividades industriales y de servicios de los respectivos países.

Alrededor del 80 por ciento de la producción industrial brasileña tiene lugar en la zona comprendida por las áreas metropolitanas de Sao Paulo, Río de Janeiro y Belo Horizonte.

En las áreas metropolitanas de Buenos Aires y Rosario se concentra cerca de las dos terceras partes de la producción industrial de Argentina, y bastante más de la mitad de la producción industrial de Chile y de Perú se localiza en las principales áreas metropolitanas de estos países (Santiago y Lima-Callao, respectivamente).

Por su parte, Caracas concentra no menos del 40 por ciento de la producción industrial venezolana. Esto permite sostener que en un grupo reducido de áreas metropolitanas se acumula la mayor parte de la capacidad productiva industrial de los países de América Latina. Aún más, sólo en tres de ellas (Buenos Aires, Sao Paulo y Ciudad de México) se genera más de un tercio del producto industrial de la región.

La concentración de la producción industrial coincide con la presencia de empresas de gran tamaño y de entidades financieras privadas, parte importante de las cuales corresponde a las empresas multinacionales.

Expansión de los servicios, concentración del ingreso y patrones de consumo

De manera concomitante con la centralización política y la concentración industrial financiera y de la población, las áreas metropolitanas han experimentado una considerable expansión de distintos tipos de servicio. Se ha estimado que algo más del 50 por ciento del producto y del empleo en este sector se genera en ellas.

La distribución del ingreso en las áreas metropolitanas de la región difiere de los respectivos perfiles nacionales. Esta falta de similitud se explica claramente por el hecho de que en las ciudades grandes las familias de menor poder adquisitivo tienen ingresos monetarios que, en algunos casos, llegan a ser cinco veces más altos que en el resto de los países como sucede en Sao Paulo en relación al resto de Brasil.

Si bien es cierto que las áreas metropolitanas concentran una muy elevada proporción de las dotaciones materiales en términos de servicios básicos y de infraestructura, no lo es menos que la distribución de estos elementos muestra una tendencia francamente regresiva. Con frecuencia se observa que los barrios residenciales de los grupos de mayores ingresos disponen de los mejores servicios urbanos, en tanto que los grupos pobres muestran carencias bastante agudas. Además, como lo han señalado numerosos estudios, el problema de la tierra

urbana y las modalidades con que opera el sector de la construcción representan escollos muy serios para enfrentar las deficiencias relativas a vivienda e infraestructura.

Los patrones de consumo, estimulados por los mecanismos de comercialización y propaganda y por el crédito, muestran también diferencias en las áreas metropolitanas con relación al resto de los países respectivos. Así, por ejemplo, los datos revelan que las familias de Sao Paulo empezaban a adquirir automóviles privados cuando su nivel de ingresos alcanzaba sólo a un cuarto del correspondiente a las familias que compraban automóviles en Recife. Esta orientación hacia el consumo tiene una incidencia negativa en lo que se refiere a las expectativas de ahorro de la población, como lo muestra el hecho de que el umbral del ingreso a partir del cual las familias comienzan a ahorrar es cuatro o cinco veces mayor en las áreas metropolitanas que en los asentamientos urbanos de menor tamaño.

En suma, a pesar de que los salarios e ingresos monetarios de que disponen los grupos metropolitanos de los estratos más bajos son mayores que los percibidos por los estratos correspondientes del resto de los países, los costos de los bienes y servicios que integran la estructura básica de consumo tienden a neutralizar esas diferencias. Un estudio reciente que compara los niveles de precios y salarios de diversas áreas metropolitanas del mundo, entre las que figuran siete de América Latina, permite afirmar que la relación entre ambos índices presenta una situación desfavorable para los trabajadores de las ciudades grandes de la región.

Las raíces históricas

Las características que muestra la concentración metropolitana en la región tienen, en rigor, profundas raíces históricas. Muchas de las actuales áreas metropolitanas de América Latina corresponden a antiguos asentamientos que, ya en el período colonial, poseían una preeminencia política y económica, además de constituir los principales núcleos de concentración de la población y configuraban verdaderas válvulas de drenaje para la transferencia de excedentes económicos hacia las potencias europeas. Esta vinculación no sufrió cambios significativos después de la emancipación política de los países latinoamericanos, que siguieron manteniendo lazos de dependencia cultural y económica con los centros de poder externos a la región.

Un nuevo estímulo a la concentración comenzó a ejercerse desde el primer cuarto del siglo XX como fruto de las "formas sustitutivas" de

industrialización. Las perturbaciones que afectaron al sistema de vinculación internacional, especialmente las dos guerras mundiales y la crisis de los años treinta, provocaron una coyuntura que permitió reemplazar parte de las manufacturas importadas por producción orientada a satisfacer la demanda interna.

Dado que una proporción importante de esta demanda, así como la dotación de infraestructura básica y de recursos financieros, se emplazaba en las ciudades principales, las nuevas actividades manufactureras se localizaron en los centros tradicionales.

Al fortalecerse la concentración y diversificarse la producción y el consumo, las áreas metropolitanas adquirieron una influencia creciente respecto del resto de los territorios nacionales. Las restricciones de la oferta de trabajo en las zonas rurales, así como el escaso dinamismo de las actividades productivas en los asentamientos urbanos más pequeños, han generado un reforzamiento de las tendencias concentradoras de la población a través de corrientes migratorias, eminentemente orientadas hacia las áreas metropolitanas.

Se ha podido estimar que entre 25 y 50 por ciento del crecimiento total de la población de las áreas metropolitanas en el período 1950-1970 se debió a las migraciones. Al examinar la selectividad por sexo de los migrantes se ha observado que el predominio de mujeres es mayor cuanto más rurales son los lugares de origen. Además de esta selectividad por sexo, se advierte que los migrantes son, en su mayoría, adultos jóvenes.

Diversos estudios sugieren que los factores que más directamente determinan la migración hacia las grandes ciudades son las diferencias de ingreso, las oportunidades de empleo, las expectativas de obtener mejor educación y los contactos con familiares o amigos que residen en la metrópolis.

Usos sociales de los espacios metropolitanos

Frecuentemente se sostiene que los asentamientos metropolitanos configuran subsistemas de relación y organización que tienen especificidades propias dentro de los contextos nacionales. Sin duda, la influencia de las áreas metropolitanas en los procesos nacionales de gestión, producción y distribución, así como la fuerte concentración de la población, han dado lugar al surgimiento de relaciones de trabajo, formas particulares de organización social y estilos de consumo diferentes del resto de los asentamientos humanos de la región. Por su propia naturaleza las concentraciones de tipo metropolitano originan

requerimientos en lo que concierne a vivienda, infraestructura y servicios que no sólo involucran cantidades mayores que en asentamientos de menor magnitud, sino modificaciones cualitativas en cuanto al suministro de aquellos elementos. El manejo de la tierra en los espacios metropolitanos frecuentemente se ve afectado por formas de especulación que excluyen a los sectores de menores ingresos del mercado de la vivienda. Tales acciones imponen restricciones aún mayores a los sectores pobres, los que se ven forzados a emplazarse en las periferias de las grandes ciudades, en asentamientos precarios carentes de servicios y en áreas de menor revalorización. Otros grupos de bajos ingresos se concentran en zonas de tugurios, localizadas cerca del centro de las metrópolis, donde el costo de los alquileres promueve el hacinamiento en viviendas antiguas y deterioradas.

Otro aspecto de la calidad de vida de los asentamientos metropolitanos que también se asocia al uso social diferenciado de las estructuras espaciales, se refiere al transporte intrametropolitano. Se ha estimado que los automóviles ocupan alrededor del 85 por ciento de las vías públicas para transportar sólo el 15 por ciento de los pasajeros. Esto implica que el 85 por ciento restante de los pasajeros se moviliza en medios de transporte colectivo, como los buses, para los cuales sólo queda libre el 15 por ciento de las vías.

Las inversiones públicas en vialidad corresponden a una forma de creación de estructuras espaciales cuyos costos son solventados por toda la sociedad, pero como su uso social es claramente diferenciado, es posible reconocer, en este caso, a una de las tantas formas de subsidio a los grupos de más altos ingresos.

Las restricciones impuestas a la circulación de transporte colectivo provocan la congestión de las vías centrales, con lo cual se produce un aumento del tiempo de viaje de la gran mayoría de la población; esto implica una prolongación de la jornada de trabajo de quienes se ven obligados a desplazarse en omnibuses. En Sao Paulo, Río de Janeiro y Ciudad de México se han registrado tiempos de viaje de hasta cuatro horas.

El parque automotriz de las áreas metropolitanas ha venido creciendo a una tasa que duplica, y hasta triplica, el índice de incremento de la población, debido en gran medida a la disminución en el grado de utilización de los automóviles. El aumento del parque automotriz ha ocasionado la expansión física de las áreas metropolitanas, contribuyendo al incremento de las utilidades del capital inmobiliario y ocasionando mayores presiones sobre el sector público que se ve forza-

do a canalizar sus inversiones hacia redes que brindan servicio sólo a una proporción exigua de las poblaciones metropolitanas. En otros casos se ha tratado de enfrentar los problemas de congestión mediante la construcción de costosos ferrocarriles subterráneos que, sin embargo, no parecen haber contribuido a reducir la circulación de automóviles, pues los usuarios de aquéllos suelen ser los sectores de ingresos medios.

En síntesis, los usos sociales del espacio metropolitano, la distribución regresiva de los servicios e infraestructura, la conformación de distintos patrones de consumo y de organización social de la producción, el surgimiento de diferentes estilos culturales, contribuyen a la reproducción de las desigualdades sociales y económicas dentro de las áreas metropolitanas.

Son estas condiciones las que definen el impacto de las grandes concentraciones urbanas sobre la calidad de la vida de quienes habitan en ellas. Muchas de las situaciones que suelen definirse como “problemas críticos” que afectan a las poblaciones metropolitanas no son sino expresiones de aquellas desigualdades que, estando presentes, con diferentes peculiaridades e intensidades en otras formas de asentamientos humanos, se hacen más notorias en las áreas de concentración.

EL ASENTAMIENTO PRECARIO

Uno de los rasgos salientes del proceso de asentamiento de la población latinoamericana durante las últimas décadas lo constituye la aparición y rápida expansión de una forma de asentamiento fuera de los procedimientos regulares de habilitación urbana y del control del Estado en los núcleos urbanos, principalmente en aquéllos de mayor tamaño y más rápido crecimiento.

Esta modalidad de asentamiento ha recibido diversas denominaciones según los países: favelas, villas miseria, callampas, barriadas, ranchos, pueblos jóvenes, colonias proletarias, ciudades perdidas. Se trata, por lo general, de viviendas construidas por sus propios ocupantes con métodos rudimentarios y en forma progresiva, sobre terrenos invadidos que presentan deficientes condiciones ambientales, carentes de servicios básicos e infraestructura, donde reside un importante contingente de la población urbana que se distingue por su pobreza.

Este fenómeno —se estima— ha experimentado en los últimos años un crecimiento de tal magnitud y velocidad que, por lo general,

adquiere características irreversibles en el corto plazo. A pesar del carácter sumario de los datos disponibles, cabe afirmar que la expansión de esta forma de asentamiento no ha alcanzado aún su máximo desarrollo en América Latina. Sin embargo, de mantenerse las tendencias observadas durante las últimas décadas, *hacia el año 2000, al menos, la mitad de la población metropolitana residirá en estos tipos de asentamientos* y en muchas ciudades esta proporción será mayor, próxima o superior a los dos tercios del total de los residentes urbanos.

Los espacios utilizados por los asentamientos precarios son acondicionados para su uso por acción de sus propios ocupantes, que aplican mano de obra familiar o de otro tipo, sin retribución monetaria, así como tecnologías rudimentarias y materiales de construcción no convencionales. Estos asentamientos se caracterizan, también, por el carácter progresivo del equipamiento familiar y social y por la capacidad de organización de los moradores.

El proceso de este tipo de asentamiento —que en un principio fue sólo considerado “marginal”— aludiendo a formas ecológicas de organización social al margen de la ley, de los reglamentos oficiales, ha sido reconocido por los investigadores sociales como un proceso de adaptación a la condición de pobreza que reviste el carácter de estrategia de sobrevivencia.

CENTROS DE CRECIMIENTO EXPLOSIVO

Una nueva modalidad de concentración fuera de las áreas metropolitanas tradicionales ha constituido un tipo de asentamiento que se ha denominado centro de crecimiento explosivo, desarrollado como consecuencia de decisiones relativas a la descentralización de inversiones industriales, de la utilización de condiciones particularmente atrayentes del ambiente físico con fines turísticos, o como producto del proceso de transformación y modernización de la agricultura.

Frecuentemente, los centros de crecimiento explosivo presentan, en su fase inicial, un aumento muy acelerado de su población, para atenuarse posteriormente, una vez alcanzado cierto tamaño, hecho que se encuentra asociado con la magnitud de los requerimientos impuestos por las actividades que se desempeñan en tales asentamientos.

Los centros de crecimiento explosivo parecen constituir una característica cualitativamente importante de los países latinoamericanos. Si bien se han observado en otras regiones del Tercer Mundo casos

similares, ellos no se presentan con la misma intensidad y frecuencia que muestran en América Latina. Esta forma de crecimiento presenta características específicas según se trate de: 1) asentamientos urbanos estrechamente vinculados con la modernización agrícola; 2) centros industriales resultantes de la concentración de inversiones públicas, o privadas con incentivos estatales, especialmente en industrias básicas y, en algunos casos, dinámicas; 3) centros destinados al turismo, especialmente de tipo internacional. Obviamente, esta enumeración es incompleta, pues es posible reconocer situaciones en que se combinan actividades, como ha sucedido con Puerto Presidente Stroessner, en Paraguay, a raíz de un proceso de apertura de la frontera agrícola y de la construcción de la represa de Itaipú. Algo semejante ha acontecido en la ciudad de Trelew, en el sur de Argentina. También se tienen indicios de efectos similares ocasionados por el establecimiento de circuitos comerciales ligados a empresas multinacionales interesadas en ampliar el mercado de consumo interno para sus productos, como estaría ocurriendo en Brasil, con la promoción de redes subnacionales de distribución.

A pesar de que el cambio introducido por el surgimiento de estos centros pudiese ser interpretado como orientado a la promoción de un desarrollo territorial “equilibrado”, mediante la expansión de asentamientos urbanos de tamaño intermedio, se ha apreciado que su impacto en los territorios subnacionales es bastante relativo.

Con relación a los centros de base industrial estudiados, se han podido determinar algunos agentes más específicos del surgimiento y de la evolución de esta modalidad de asentamiento. Su aparición reciente en el escenario latinoamericano parece ser una consecuencia de los procesos de “sustitución” de importaciones y de incremento de las exportaciones, activadas por el Estado, aisladamente o en conjunto con empresas multinacionales.

Esta nueva forma de asentamientos humanos acontece en localizaciones previamente pobladas, mientras que en otras, da origen a localidades totalmente nuevas. Aun cuando ambas situaciones presentan diferencias iniciales, es posible efectuar algunas generalizaciones sobre sus efectos.

En primer lugar, se registra una muy marcada *especialización de las funciones* del asentamiento en relación con los demás componentes del sistema nacional de centros poblados. Habitualmente, el eje de la actividad económica está constituido por una empresa de gran envergadura, lo cual confiere al asentamiento un sello de vulnerabilidad,

pues está sujeto a los vaivenes que experimente el desarrollo de aquella empresa. Esta condición hegemónica que presenta la actividad central está asociada con un patrón de estratificación social que comporta los rasgos de la división técnica del trabajo.

Un segundo aspecto común corresponde a la formación de un *perfil de empleo* fuertemente sesgado por la incidencia de las actividades productivas pertinentes a la función de la empresa dominante; paralelamente, se observan tasas muy altas de desempleo.

Como tercer elemento de los centros de crecimiento explosivo de base industrial, cabe mencionar una habitualmente *aguda carencia de infraestructura y servicios*, la crónica falta de viviendas, insuficiencias en cuanto a los dispositivos de administración comunal, altos índices de violencia y criminalidad y serias deficiencias en diversos rubros organizacionales.

Un cuarto orden de problemas se refiere a la *contaminación ambiental*. Muchos de estos centros se generan en virtud del emplazamiento de industrias básicas, cuyos índices de contaminación del ambiente suelen ser mencionados como los más elevados dentro del sector industrial.

Cabe señalar, como quinto elemento, la *escasa relación* que guardan los centros de crecimiento explosivo con el espacio geográfico circundante, de lo cual resulta su reducido efecto dinamizador sobre las actividades que eventualmente se practican en lo que, aparentemente, constituiría su "interland".

Por último, se observa la progresiva *asimilación* de estos asentamientos del *sistema nacional de centros poblados*: es posible que, después de un cierto período relativamente prolongado de funcionamiento, estos centros de base industrial tiendan a asemejarse a otros asentamientos de tamaño similar.

Aparentemente, estos centros representan aún una modalidad muy primaria de descentralización si se les compara con los procesos que se han desencadenado recientemente en las áreas de influencia inmediata de los sectores metropolitanos, como lo muestran los corredores industriales relativamente diversificados que se asocian a Sao Paulo, Ciudad de México y Buenos Aires.

LA DISPERSION RURAL

A pesar de la magnitud y aceleración que el proceso de urbanización ha experimentado en América Latina durante las últimas décadas, persis-

te el predominio de la población rural. Aproximadamente el 53 por ciento de la población regional residía en 1978 en las áreas rurales, exhibiendo, en unos casos, un patrón de asentamientos disperso, compuesto por miles de caseríos y villorrios pequeños y, en otros, agrupándose en numerosas aldeas y villas de mayor tamaño, como también en pueblos de carácter mixto rural-urbano.

No obstante la importancia que reviste el hábitat rural para la región, la mayor parte de la atención y esfuerzos de los gobiernos, así como el interés de los investigadores, ha estado volcado hacia las áreas urbanas. Es muy abundante la literatura de los últimos años referida al proceso de urbanización y sus consecuencias, descuidándose, con frecuencia, el estudio de los factores que inciden en la dinámica de los asentamientos rurales y en el éxodo de la población desde las áreas rurales, como también la aplicación, por parte de los gobiernos, de las medidas tendientes a actuar sobre ellos.

Entre las severas restricciones que afectan a la población rural en cuanto a la satisfacción de sus necesidades inmediatas, el ingreso promedio de las áreas urbanas es cinco veces más alto que el promedio del ingreso rural. El índice de analfabetismo de la población rural de 15 años y más de edad fue, entre 1970 y 1974, en trece países de la región, tres veces superior al de la población urbana. La población rural que, en promedio, disponía de luz eléctrica y agua entubada, fue seis veces inferior al promedio urbano en luz y diez veces inferior en servicios sanitarios, en diecisiete países durante la última década.

Los asentamientos rurales se encuentran estrechamente ligados a los factores de la producción agropecuaria y a sus formas de organización, que dan origen a distintos tipos de unidades productivas.

Entre los tipos de unidades productivas que se observan en la región, destacan el latifundio, el minifundio, la empresa capitalista moderna, las unidades productivas familiares y la que plantea alternativas a los regímenes tradicionales de tenencia de la tierra.

Un aspecto que adquiere especial relevancia en el caso de los asentamientos rurales es el vinculado con las políticas mediante las cuales el Estado ha procurado impulsar el desarrollo económico y social del sector agropecuario.

En general, las políticas que mayor impacto han tenido en la localización de la población rural son las de *reforma agraria*, *desarrollo rural* y *colonización*. Ellas han cambiado la relación hombre-tierra y han intentado, bajo distintas formas, fortalecer la actividad productiva de

sus beneficiarios. Al mismo tiempo, se han propuesto cambiar drásticamente las condiciones de vida de los trabajadores agrícolas.

Uno de los rasgos sobresalientes de la transformación experimentada por el agro latinoamericano es el dinamismo que ha mostrado el factor tecnológico, como lo indica el hecho de que la población activa en la agricultura se multiplicó 1,4 veces en los últimos veinticinco años y la tierra cultivada lo hizo en 1,7 veces. En el mismo período, el volumen de fertilizantes se multiplicó por doce y el número de tractores se quintuplicó.

La importancia que tiene el cambio tecnológico adquiere mayor sentido si se considera que el incremento de la producción agrícola tradicionalmente se basaba en aumentos de la superficie cultivada. Sin embargo, las posibilidades de incorporación de nuevas tierras en condiciones económicamente rentables han disminuido y el mantenimiento del ritmo de crecimiento de la producción recae, actualmente y en una medida creciente, en la incorporación del factor tecnológico.

La intensificación del uso de la tecnología conlleva dos tendencias opuestas en cuanto a los asentamientos rurales. Por un lado, marca el comienzo de una etapa en la cual la expansión de la frontera agrícola llega a su término y, por otra parte, la fuerza de trabajo reemplazada por la técnica, desocupada o subempleada, puede incrementar los movimientos migratorios, transfiriendo parte del crecimiento natural de la población rural y disminuyendo la presión sobre el suelo agrícola.

La evolución del desarrollo agrícola proporciona pautas que permiten prever la dinámica futura de los asentamientos rurales y que, en la medida en que se mantenga numéricamente la proporción de la población rural, dadas las características del desarrollo agropecuario y su patrón concentrador de inversiones e ingresos en proporciones cada vez menores de fuerza de trabajo, la población rural mantendrá un sistema de asentamiento en el cual la dispersión y el pequeño poblado rural tendrán un peso relativo igual o mayor en la distribución de la población rural, sin que varíen significativamente sus actuales condiciones de vida.